Maestro Dominicano de América

Wendalina Rodríguez Vélez

Muchos sucesos ocurren en cien años, y cien años los alcanza cualquiera con tal que no se muera antes. Por tanto, no es precisamente por ser los años un centenar, o venerablemente anciana la persona que los cumple si está viva, o muy querida si difunta, que un centenario es una celebración obligada fuera del círculo estrictamente familiar. Pero cumplir cien años de haber nacido, y estar vivo o muerto, y a la misma vez lograr que medio mundo se percate de su presencia y acción en esta tierra, de modo que en la fecha centenaria se levante un movimiento de admiración y análisis: eso no lo logra cualquiera de los mortales, así como así. Mucho menos fácil suele serlo para quienes, como nosotros, existimos en países pequeños de escasa influencia mundial. No obstante esto, un dominicano lo logró.

El vaticinio materno

El día 29 de junio de este año hará cien años justos que nació, en una casa situada en una de las intersecciones urbanas de nuestro viejo sector colonial de Santo Domingo. Pedro Nicolás Federico fueron los nombres que recibió, al llegar como hijo segundo al hogar de Francisco Henríquez y Carvajal, nacido de la mujer a quien Hostos llamó "sacerdotisa en el aula, pitonisa en el arte, mentor en el hogar," en referencia a su triple calidad de maestra, poetisa y madre: Salomé Ureña. En su breve biografía de esta última, Silveria R. D de Rodríguez Demorizi llama la atención hacia las angustias que aquella madre artista y amante tuvo que soportar al verse el niño Pedro atacado de dolencias graves al comienzo de su vida. Cinco meses escasos de edad tenía cuando Monseñor de Meriño lo bautizaba en medio

de una gravedad aparentemente mortal mientras Salomé pedía a Dios la curación del infante, que afortunadamente llegó tras la intervención del médico Dr. Juan Francisco Alfonseca. A ese incidente se refieren algunos versos de aquellos días, que la madre tituló ' Horas de angustia". Cuatro años más tarde se veía el niño nuevamente amenazado de muerte cuando el crup lo atacó en medio de una epidemia que azotó la ciudad en 1888, y una vez más el Doctor Alfonseca logró salvarlo. Algo había visto Salomé en aquel hijo segundo que le hacía mirarlo como un predestinado a una vida fuera de lo común y, de hecho, así llegó a expresarlo en versos sorprendentemente proféticos, cuando Pedro tenía unos seis años:

' Mi Pedro no es soldado; no ambiciona
de César ni alejandro los laureles;
si a sus sienes aguarda una corona,
la hallará del estudio en los vergeles."

La profecía cumplida

A los cien años del nacimiento de Pedro Henríquez Ureña, el vaticinio de su inspirada madre ha encontrado el más pleno de los cumplimientos. Al ver acercarse la fecha del centenario, los más diversos sectores culturales de las dos Américas se han lanzado a la honrosa competencia de rivalizar entre sí "a quien con más entusiasmo y altura conmemore el centenario del Maestro." Salomé preveía que una corona estaba aguardando a su Pedro, y la magnífica guirnalda de actos conmemorativos, seminarios de estudio y análisis, ediciones bibliográficas, mesas redondas, conferencias, cursos, artículos en revistas y periódicos, concursos literarios y otros eventos diversos y numerosos han venido a conformar la corona de admiración y respeto que ni siquiera la misma madre previó tal vez en toda su magnitud al entrever, con su iluminada premonición de madre y de poetisa, la gloria futura de su hijo. Si en nuestro país mismo ha habido durante este año señales obvias, aunque mucho menos numerosas de lo que merece el Maestro de América,

fueron solamente pequeñísimos eslabones de la cadena de homenajes y conmemoraciones de variada índole que se han realizado y se continúan realizando en memoria de Pedro Henríquez Ureña.

La corona de discípulos

Pero, ante todo, anda por América y por el mundo su corona de discípulos. Siendo Don Pedro prácticamente 'un desconocido' para nuestro pueblo a causa de su prolongada ausencia obligada de la tierra donde nació, es lo más común que muchos se sorprendan al conocer que intelectuales de gran talla y de reconocido nombre le llamen Maestro todavía hoy. En breve resumen de lo que pudieran decir todos ellos, el argentino Enrique Anderson Imbert ha dicho de él elogios notables, pero casi ninguno como aquel en que le reconoce, sobre todo, como "Maestro":

> "Lo vimos entrar al aula, y por primera vez supimos qué era la poesía y quiénes la hacían. Tenía una rotunda voz de bajo, tenía unos ojos muy negros que sin esfuerzo lo veían todo, tenía una sonrisa irónica y dulce con la que nos dirigía.... Luego lo vimos en la intimidad. Nos llevó a su casa, nos enseñó a vivir y a pensar, a oír música y a escribir cuentos, a leer los clásicos e informarnos de las ciencias, a disfrutar de las literaturas modernas en sus lenguas originales, a conversar, a gustar de la pintura, a trabajar y apreciar el paisaje y la bondad. Sobre todo, nos enseñó a ser justos. Convergían en él grandes tradiciones de cultura. Y lo que a nosotros nos asombrara era que tanto saber y tanta comprensión pudieran mostrarse así, sencillamente. Siempre estaba ocupado y sin embargo siempre nos acogía. Si yo he aprendido a escribir, a él se lo debo."

Los discípulos de México lo expresan cada cual a su modo, pero se retratan también en las frases de uno de ellos, quien afirma que "Pedro representó entre nosotros, y en una época

decisiva para la cultura del país, la seriedad de la carrera literaria, la aspiración a un saber de primera mano," pero que más que sus escritos, si cabe, fueron valiosa su influencia personal en la juventud, tanto que decían que "si estábamos incluídos en las "listas" del Maestro y habíamos obtenido su aprobación nos sentíamos con la celebridad en el bolsillo." (Citas de Julio Torris, en el libro de J.J. de Lara: "Pedro Henríquez Ureña, su vida y su obra").

"Maestro de cultura y de vida" le ha llamado Alfonso, afirmando que Don Pedro inspiró a sus discípulos' la búsqueda de la verdad en forma apasionada y el riguroso método del estudio'.

El hombre

También han hablado sus discípulos y amigos de "el hombre' que era Pedro Henríquez Ureña. Para los dominicanos, que tan poco presenciaron de aquella vida que se fue a florecer en otras tierras, resulta interesante conocer algunos detalles descritos con amistosa nostalgia por los que atesoran los recuerdos que les dejó.

"Era hombre fornido, de complexión robusta, firme, gimnástica. Su marcha, de paso corto y seguro sólidamente puesto sobre la tierra; su reposo tranquilo, si sentado; su elasticidad al ponerse de pie, sin brusquedad empero; subía de dos en dos los peldaños de las escaleras; el dominio de sus ademanes y un tono viril en las actividades, siempre dentro de una benevolente cortesía, nos indicaban que era un hombre fuerte. Fuerte en todo sentido; acaso estoico.' Así lo recuerda Ezequiel Martínez Estrada, mexicano (Op. cit.), añadiendo también que a pesar de su reconocida modestia, "estoy convencido de que fue temperamento apasionado, quizá iracundo, que llegó a un dominio total de sí como lo había logrado de su mente."

Repasando tales recuerdos matizados por el respeto y el cariño, resulta natural volver a la poética premonición de Salomé Ureña quien, sin haber visto la corona viva que esperaba a su Pedro, de él había escrito convencida:

"Hijo del siglo, para el bien creado,
la fiebre de la vida lo sacude;
busca la luz, como el insecto alado,
y en sus fulgores a inundarse acude'.

Parece que la madre hubiera estado mirando como en clara bola de cristal, la característica predominante de la mente privilegiada de su hijo, para quien la verdad y la exactitud fueron la motivación central de toda su obra. Así lo describe con énfasis J.J. de Lara en su biografía del Maestro, diciendo que en su obra siempre hay "modestia en sus pretenciones, exactitud en sus informaciones, amplitud en el tema, de modo que lo que escribe es ya un conjunto reducido a lo esencial, sin prosa erudita ni elegancia superflua o hueca.. . frases concretas y sentencias completas; prosa sólida, precisa, clara, y que no pasará de moda; escribe con habitual modestia, pero dejando escapar, casi con rubor, la emoción."

Una mente universal

El hombre que con preferencia ha recibido hasta ahora el título de "humanista" por excelencia lo es, ciertamente, si con ello queremos decir que su interés abarcó una gama admirablemente extensa de aspectos de la forma de vida humana a nivel universal. Con solamente hojear sus Obras Completas se tiene un indicio claro de esto último, al verle acometer con igual seguridad tanto la literatura como la historia, el lenguaje y el arte, la música y los problemas sociales, la filosofía y estética junto a la economía política, el teatro y la pintura, las ideas sociales y la auniversidad, lo pequeño y lo grande, lo extraordinario y lo cotidiano. De él ha dicho Ernesto Sábato (Revista Testimonio, 22 julio 1966, Sto. Dgo.) que Pedro Henríquez Ureña ' no podía ser un especialista. Y los que lo critican por su versatilidad no advierten que él no era un ecléctico sino un integralista; y que esa multiplicidad de intereses era la manifestación inevitable de su filosofía, concreta y unitaria." Es el privilegio des algunas almas y mentes grandes:

la capacidad de ver todas las cosas con toda claridad, interesarse en todas ellas, y encontrar el punto justo en que cada una se enlaza con las demás, con visión integradora de la totalidad.

La utopía latinoamericana

Pero, habiendo otros que logran tal alcance universal, ¿por qué se levanta hoy medio mundo, y en particular el mundo latinoamericano en reñido certamen de alabanzas y homenajes al nombre de un dominicano? Es que, además de haber sido "peregrino de América," soñó para estas tierras de promesa lo que se ha calificado como la ' utopía latinoamericana." Esto no era otra cosa que el sueño de una tierra grande llena de hombres libres, donde las luchas no fueran ya necesarias, y donde una herencia cultural de raíces comunes pudiera hacer posible una unión real. El mismo Sábato expresa que Pedro Henríquez Ureña, "dolido de nuestros defectos, de nuestros repentismos, y de nuestra superficialidad, de nuestra frecuente propensión a lo fácil, dolido de nuestra miseria y de nuestra división, soñaba (soñó hasta el día de su muerte) con una Patria que se levantase técnicamente, que aboliese la miseria y la injusticia, y que no cometiese el error de poner los valores materiales por sobres los espirituales" (op. cit.).

Aquí espontáneamente se va el pensamiento a los versos de Salomé Ureña, quien al añadir dos estrofas más a la poesía sobre "su Pedro" cuando éste ya tenía 12 años y ella casi agonizaba, decía:

"Así es mi Pedro, generoso y bueno;
todo lo grande le merece culto;
entre el ruido del mundo irá sereno,
que lleva de virtud germen oculto."

Un americano de hoy

Tales facetas de la personalidad de Pedro Henríquez Ureña, miradas hoy con ocasión de su Centenario de nacimiento,

cobran una actualidad impresionante. Cuando Latinoamérica se debate en las angustias del crecimiento, y cuando, a sus ojos, promisorios y tentadores, se exhiben modelos extraños y rutas exóticas hacia la grandeza material, la figura de un dominicano universal que la soñó grande y una, libre de miserias e injusticias, parece visión de profeta que la anima a buscar sus raíces propias y su identidad y construir sobre éstas su futuro, sin necesidad de destruírse a sí misma para crecer en el modelo de otros. Después de todo, la calificación de "utopía" dada al sueño latinoamericano de Pedro Henríquez Ureña sería aquí contradictorio, toda vez que el término proviene del griego "ou" que significa "no," y "topos" que se refiere a 'lugar,' que es como decir que se trata de un lugar que no existe. Pero si se considera que 'no existe,' pero que tal cosa no tiene por qué ser sinónimo de 'imposible de existir,' tal vez no debería llamarse utopía, sino visión, a estilo de la de los profetas. Después de todo, la vida de Pedro Henríquez Ureña ha demostrado que, por lo menos, es hijo de profeta. Nada veía con sus ojos mortales su madre, mientras casi moría, pero con mirada inspirada vió un futuro grandioso para su hijo, y creyó en él, como lo expresa en el final de su poesía a 'su Pedro":

"Cuando sacude su infantil cabeza
el pensamiento que le infunde brío,
estalla en bendiciones mi terneza
y digo al porvenir: ¡Te lo confío! '

Si es cierto que "de tal palo tal astilla,' ¿por qué no pensar que el hijo estuvo iluminado en forma semejante en su sueño latinoamericano?

Santo Domingo y P.H.U.

Sea como sea, este medio mundo que es América tiene sus ojos vueltos hacia él durante estos días, y a lo largo de este año. En nuestra misma ciudad primada se dan cita, durante la semana del 25 al 29 de junio, personalidades ilustres vinculadas a la vida

y a la obra del Maestro en diversas formas. Invitados por la UNPHU estarán aquí la hija mayor de Don Pedro, Natacha, y discípulos suyos preferidos e ilustres como el Dr. José Luis Martínez, Presidente de la Academia Mexicana de la Lengua, y el chileno Don Alberto Baeza Flores. Ernesto Sábado ha sido también requerido desde otros sectores, mientras la segunda hija de Don Pedro, Sonia, se queda en Buenos Aires lamentando que el entusiasmo de los argentinos por el centenario de su padre la retiene obligadamente para multiples actos de conmemoración a pesar de su deseo de haber podido venir también a la tierra de sus orígenes paternos. En todas partes donde la admiración y el interés científico estarán reunidos en torno a la idea de un hombre universal, americano y dominicano, la referencia a Santo Domingo será ineludible, muy a pesar de que los años de madurez intelectual del Maestro no estuvieron físicamente vinculados a su ciudad natal. En cierta forma, y a los cien años de haber nacido en una tranquila esquina de nuestra vieja ciudad intramuros, (Luperón esquina Duarte), Pedro Henríquez Ureña devuelve a esta última su posición destacada en el Nuevo Mundo, como eco de su afirmación de que fue en ella donde se hace carne una de las grandes controversias del mundo moderno, la controversia sobre el derecho de todos los hombres y de todos los pueblos a gozar de libertad" (Obras Completas, tomo VII, p. 229). Así, como ciudadano orgulloso de su solar nativo, a pesar de todas sus ausencias. ¡Bien estaría que Santo Domingo echara las puertas por las ventanas, para reciprocar el homenaje!